

DON JUAN DE AUSTRIA
TERTULIA HISTORICA DEL ATENEO
M^a VICTORIA RODRIGUEZ IBAÑEZ
ENERO 2016

INDICE

1. INTRODUCCIÓN.
2. EL IMPERIO Y LA MENTALIDAD DE LA EPOCA.
3. SU FAMILIA.
 - 3.1 CARLOS I.
 - 3.2 FELIPE II.
4. INFANCIA Y FORMACION.
 - 4.1 SU CARÁCTER.
 - 4.2 SU RELACION CON DON CARLOS, PRINCIPE DE ASTURIAS.
 - 4.3 SUS PRIMERAS RESPONSABILIDADES.
5. LA REBELION DE LAS ALPUJARRAS.
6. LA BATALLA DE LEPANTO.
 - 6.1 DESPUES DE LEPANTO.
7. ITALIA.
8. TUNEZ.
9. OTROS PROYECTOS.
10. FLANDES.
11. SU MUERTE.
12. SU VIDA SENTIMENTAL.
13. VALORACION DE SUS MERITOS.
14. DON JUAN DE AUSTRIA EN EL ARTE.

1. INTRODUCCION.

El destino hizo que D. Juan de Austria naciera en el siglo XVI en un momento glorioso de nuestra historia, cuando el imperio español alcanzó su mayor extensión y era la primera potencia mundial, cuando en sus dominios nunca se ponía el sol.

España recibió la herencia de los Reyes Católicos que con tanto esfuerzo lograron la unidad del territorio nacional y el descubrimiento de América. Sin guerras en nuestro territorio los grandes conflictos se desarrollaron en el Mediterráneo y en el resto de Europa.

D. Juan vivió entre grandes personajes donde consiguió por sus propios meritos y esfuerzo hacerse un hueco en la historia. Estamos hablando de Carlos I, Felipe II, el duque de Alba, los príncipes de Éboli, Antonio Pérez, Escobedo y tantos otros que por sí mismos merecerían una tertulia.

2. EL IMPERIO Y LA MENTALIDAD EN EL SIGLO XVI.

Un imperio tan grande es normal que tuviera muchas amenazas, éstas fueron territoriales con guerras contra los demás países europeos que se sentían amenazados por la gran hegemonía de los Habsburgo y también religiosas por ser los reyes españoles fervientes católicos contra el nacimiento del protestantismo y el calvinismo.

Todas estas guerras tuvieron siempre exhaustas las arcas del Estado, que se aliviaban cuando a los impuestos normales se sumaban remesas de mercancías exóticas y metales preciosos de América.

La forma de gobierno era la monarquía absoluta, el poder real era tan absoluto que no se le podía discutir porque era sagrado, entonces era de vital importancia tener el favor real para medrar o mantenerse en situación privilegiada, por ello la lucha de las grandes familias por poseerlo y conservarlo, y el Estado se preocupó poco de promover las actividades productivas.

La Sociedad: La población era baja, por eso había muchos terrenos sin cultivar. España tenía 8 millones de habitantes, Francia 15 y el Imperio Otomano 22.

La estructura social se basaba en la propiedad de la tierra que estaba en manos de la nobleza y de la Iglesia. La nobleza acrecentó su poder económico.

Carlos I redujo los Grandes de España y nobles pero Felipe II ante grandes necesidades económicas vendió títulos de nobleza e hidalguías a los que podían pagar como mercaderes, nuevos ricos de las Indias y letrados de la administración real que eran de origen humilde, muchos luego dejaban de trabajar para olvidar sus orígenes. Los cortesanos vivían casi siempre con ostentación desproporcionada a la riqueza del país, más abundante en glorias que en moneda contante y que no hay que olvidar que había que vivir de rentas porque el trabajar no era digno ni elegante.

No existía casi clase media, solo existía el comercio lanero, había un gran perjuicio contra el comercio, el trabajo manual y los negocios “el no vivir de rentas no es trato de nobles”. Esta mentalidad fue ruinoso para España, sin embargo los italianos que no la tenían se enriquecieron ocupando el lugar de los españoles en el comercio y haciéndole a los reyes unos préstamos a intereses escalofriantes.

La clase obrera y el campesinado perdieron toda su confianza en el trabajo como instrumento de progreso, tenía muchos impuestos y un gran desamparo. Para progresar tenían la Iglesia, el ejército o el bandolerismo.

Existían gran cantidad de bandoleros y aventureros. En 1570 durante la guerra de los moriscos de Granada acudieron a centenares al campamento de D. Juan de Austria y Felipe II formó un tercio de bandoleros catalanes para la guerra de Flandes.

La Iglesia. El estamento religioso tenía alrededor de 100.000 personas. Se llevaba la mitad de la renta nacional. Poseía una cantidad desproporcionada de la riqueza nacional en edificios y tierras. Pero a la Corona no le importaba esta acumulación de riqueza porque era una fuente enorme de ingresos para el Estado: Daba una parte de las donaciones directas de los seglares, tenía un subsidio que gravaba las rentas y tierras del clero, el excusado era un gravamen sobre las propiedades de cada parroquia, este dinero iba dirigido a las guerras de Flandes, también pagaba los tercios reales y las órdenes militares. Estos impuestos eran aproximadamente el 20% del total. Por ejemplo

la sede de Toledo era tan rica que le hizo grandísimos préstamos sobre todo a Felipe II. Esta clase de ayuda era ajena a las cantidades usuales que Hacienda recibía de la Iglesia, era en realidad una comisión encubierta para la defensa de los bienes eclesiásticos.

Pero hay que tener en cuenta que la Iglesia ayudaba a los pobres, empleaba mano de obra para cultivar sus tierras y mantenía los hospitales.

La Iglesia estaba dividida, como la sociedad civil, en alto y bajo clero según la procedencia social y cultural de sus miembros; no existían los seminarios y era difícil cambiar de nivel. En una sociedad dividida rígidamente en clases, la Iglesia fue la única institución que dirigía su mensaje a todos los españoles.

La Inquisición también tenía mucho poder y una perfecta organización que muchas veces no estaba de acuerdo con las altas jerarquías de la Iglesia o las órdenes religiosas pero estuvo a disposición del rey hasta en asuntos que no eran religiosos.

Las Órdenes religiosas eran muchas y poderosísimas, rivalizaban entre sí por obtener la gracia real o el favor de Roma o la simpatía de la gente y si era necesario se enfrentaban con la Iglesia o la Inquisición. Hay que reseñar a la Compañía de Jesús que era una Orden joven, pronto tuvo defensores entre la gente relevante del reino como Francisco de Borja, Juan de Zúñiga, Requesens, Éboli, Pérez... y grandes detractores como los Dominicos que regentaban la Inquisición y los jesuitas quisieron menoscabar su poder, los Agustinos que perdían poder en la enseñanza y los Jerónimos que por su actitud como aristócratas de la liturgia les molestaba la actitud combativa y andariega de los jesuitas.

Durante este siglo los conquistadores castellanos estaban creando un imperio en América. Hernán Cortés conquistó el Imperio azteca, Francisco Pizarro el Imperio Inca; Valdivia descubrió Chile, etc. También Cabeza de Vaca exploró la zona meridional de los Estados Unidos, se descubrió el paso hacia el Pacífico en Panamá y Magallanes-Elcano realizaron la primera vuelta al mundo. Pero Carlos I no sintió un especial interés por estas tierras como parte de su Imperio, se dedicó a aprovechar todos los recursos que le llegaban de allí para financiar

las guerras que tenía aquí, cuando empezó a escasear la plata, que era vital, la metrópoli experimentó agudas dificultades. Los ingresos que recibían eran un 20% del total que necesitaba el país.

La Corona y sus funcionarios fueron capaces de administrar un imperio desde la metrópoli exportando sus instituciones a los nuevos territorios y protegiendo los principales puertos con fortificaciones. El comercio era importantísimo y prosperó rápidamente, tanto en valor como en volumen, y se realizaba a través de mercaderes banqueros que manejaban letras de cambio, pero la pena es que la mayoría eran extranjeros y se quedaban sustanciosas comisiones.

La Casa de Contratación de Sevilla hacía ficha detallada de cada nave: la embarcación, la compañía y la carga a la ida y a la vuelta para cobrar los tributos, aunque se fijaban más en el número de bultos que en su contenido. Se llevaban vino, aceite, telas de lana y seda y traían plata, oro, azúcar, maderas, cueros, estos eran materiales cotizados porque en Europa no existían. La Corona tuvo que proteger las naves de los corsarios y piratas con naves patrullas hasta Canarias y hasta el Caribe.

La ganadería tuvo más auge que la agricultura porque exigía menos mano de obra y dejaba más hombres libres para el ejército. También dependía de las regiones, el clima seco de Castilla era bueno para las ovejas y su lana. Los ganaderos crearon la Mesta para defender sus privilegios aunque eso fuera pisotear los cultivos en las migraciones anuales.

Las comunicaciones eran lentas y caras. Nadie se preocupó de mejorar las carreteras; las reatas de mulos y carretas cruzaban la península. El abastecimiento de caballos era indispensable porque se necesitaban tanto para la vida civil como militar por eso estaba prohibido exportarlos. El transporte marítimo fue superior al terrestre, era más rápido. España era la segunda potencia naval detrás de Holanda, pero no disponía de suficientes naves para traer cereales y otros artículos de primera necesidad, lo que encarecía los costos. Nuestras exportaciones a los Países Bajos eran cada vez más arriesgadas por los ingleses y los corsarios franceses.

En cuanto a la Administración del Estado diremos que Carlos I y Felipe II tuvieron secretarios y ministros de la incipiente clase media pero de gran valía para la organización y administración del imperio. Felipe II lo aprendió de su padre que desconfiaba de los nobles con ideas feudales por insolentes y desdeñosos por su espíritu de clase frente a hombres más activos, de mayor ingenio y de mayor cultura y formación. Con la excepción del Duque de Alba los demás nobles se adaptaron, por sentido común o por necesidad, pues el reparto de los puestos y mercedes, de los que dependían para vivir, dependían del favor de los ministros en alza. Se encuentran testimonios de que nombres ilustrísimos debían su mayordomía, su virreinato o su puesto de Gran Capitán al favor directo de un secretario de origen oscuro ascendido casi de la nada por la confianza del rey. Ni que decir tiene que estos secretarios se hicieron ricos porque estos favores no los hacían por nada, cabe citar a Cobos, secretario de Carlos I y Antonio Pérez de Felipe II.

Los grandes hombres españoles se dedicaron a la política, la guerra, la Iglesia, el arte, pero desdeñaban el banco y los libros de cuentas.

En España había tranquilidad lo que permitía cobrar los impuestos con eficacia. El principal era la alcabala (similar al actual IVA) se pagaba la décima parte de todas las transacciones, llegando hasta el 14% que pagaba tanto el productor como el consumidor. Todos se quejaban pero el Estado sólo se fijaba en sus grandes necesidades.

Una fuerza secreta para los ciudadanos fue la banca. En la historia se narran las gestas militares y políticas o anécdotas sentimentales de los personajes famosos olvidándose la trama económica que es menos brillante y entretenida pero que representa una fuerza tan grande como la política y en muchas ocasiones es el alma de ella.

A la España de los Austria le faltó una economía nacional porque no hubo ningún banco estatal, sólo banqueros privados. Los reyes eran unos tras otros prisioneros de estos banqueros y prestamistas que manejaban las riquezas

nacionales en provecho propio; generalmente eran extranjeros porque tenían más capacidad mercantil, como los genoveses Spínola.

Felipe II se preocupó de poner orden en las finanzas pero la dispersión de sus estados llevaba consigo la dispersión de pagos y cobros así que estos mercaderes banqueros eran los únicos que tenían los medios necesarios, hacían transferencias monetarias, adelantaban dinero, cobraban impuestos. Sin embargo en España los impuestos no los cobraban los extranjeros, lo hacia las ciudades o las Cortes.

La Corona tenía unos gastos inmensos pero también lo eran sus ingresos; lo que quedó claro es que los gastos superaron en mucho a los ingresos. Carlos I dejó una deuda de 20 millones de ducados y Felipe II llegó a los 100; esta insolvencia era difícil de cubrir. Se pedían créditos a intereses altísimos, luego declaraciones de bancarrota. Cuando había que amortizar deuda la corona suspendía pagos, eso no anulaba la deuda pero hacían títulos de crédito a largo plazo por futuros ingresos, con esta espiral se llegaba a pagar hasta el 70 %.

3. SU FAMILIA.

CARLOS I. Como resultado de la política matrimonial de los Reyes Católicos que comenzaron con los matrimonios reales como alianzas políticas, su nieto Carlos I tuvo en sus manos la herencia de cuatro familias: Flandes, Castilla, Aragón y Habsburgo de Austria, además de la expansión colonial de América.

Nació en Gante en el año 1500 y educado en lengua borgoñona. Le costó casi 2 años en venir a hacerse cargo de su herencia española a la muerte de su abuelo Fernando el Católico, mientras tanto fue regente con muy buen juicio el cardenal Cisneros, al que le costaba mantener en orden a la nobleza y ciudades que apoyaban al infante Fernando criado y educado en España. Llegó a Laredo con 17 años sin hablar español y rodeado de nobles extranjeros. Primero juró las leyes castellanas en sus Cortes y luego fue a las Cortes aragonesas a jurar las suyas, adonde le exigieron que aprendiera español, que despidiera a los extranjeros que saqueaban las arcas castellanas

y proclamara heredero a su hermano Fernando. No llegó a unificar la administración y gobierno de estos reinos.

En 1520 fue a Bolonia y el papa Clemente VII lo coronó Emperador, mientras en España hubo levantamientos populares como los Comuneros de Castilla o las Germanías, pero fueron aplastados.

En política exterior no pudo pacificar Europa, tuvo continuos problemas con Francisco I de Francia, que tampoco tenía dinero pero estaba obligado a defenderse porque estaba rodeado por posesiones de Carlos, y también con los príncipes protestantes alemanes pero no tuvo los suficientes medios para vencer a la herejía de Lutero.

Italia fue el centro de sus atenciones, consiguió conquistar Milán, pero las alianzas dependían de la voluntad de los papas porque los Estados Pontificios estaban entre Milán y Nápoles y ellos preferían que hubiera equilibrio de fuerzas, en realidad tenían temor del gran poder de Carlos. Tampoco fue contra el Turco que había establecido relaciones diplomáticas con Francia. Aunque si tuvo una vez éxito en Túnez y otra vez una derrota.

Ante la imposibilidad de controlar tantos territorios hizo de su hermano Fernando su representante permanente en Austria y en 1522 le cedió sus dominios habsburgueses convirtiéndolo en Archiduque de Austria.

Repartió su vida entre sus estados, reinó 40 años de los cuales sólo pasó 16 en España, su estancia más larga fue de 7 años. Dejaba el gobierno en manos de secretarios, Granvelles se especializó en asuntos extranjeros e imperiales y Cobos para la administración nacional.

Todos sus reinos le aportaban ingresos ordinarios pero el coste de las guerras en el extranjero era tan inmenso que se encontraban gastados hasta con 6 años de anterioridad, y pagando el 43% de intereses porque los banqueros no tenían la seguridad de que pudiera devolver los préstamos, hasta las remesas de las Indias se debían por adelantado. Esto le obligó a firmar tratados de paz.

El rey también gastaba mucho en mantener sus casas, sus viajes, joyas y arte (una décima parte de la renta nacional).

Tuvo muchas amantes pero solo se casó una vez, fue con Isabel de Portugal, madre de su heredero Felipe II.

Como muchos de sus parientes tenía periodos del mal de la melancolía que añadidos al gran desgaste de su activa vida y la gota le llevaron a desear el retiro. Renunció al trono en Bruselas en 1555, embarcó hacia Laredo para alojarse en el pequeño monasterio de Yuste; tenía 56 años pero era un anciano y allí le llegó la muerte en 1558.

Su retiro no fue reposado, su gran sentido del deber le llevaba a estar en continuo contacto con sus hijos para darles consejos de su experiencia de gobierno. Felipe hizo caso de todos ellos.

FELIPE II. Nació en Valladolid en 1527, siendo el único hijo varón del matrimonio de Carlos con Isabel de Portugal. Educado con sumo cuidado desde su nacimiento para gobernar, instruyéndolo poco a poco en el manejo de los negocios de Estado y siempre siguiendo las indicaciones de su padre por el que sentía una admiración mítica propiciada por su madre, que le contaba todas sus hazañas.

Cuando su padre estaba fuera, él era el regente, asesorado por sus tutores el secretario Cobos y el cardenal Tavera y como eran de bandos contrarios no quedaba a merced de ninguno de los dos, porque aun era adolescente y carecía de experiencia. Su padre le escribía instrucciones secretas para darle consejos de gobierno, como que nadie tuviera demasiados privilegios o que no diera ningún cargo importante en el gobierno civil a ningún Grande de España y sólo se sirviera de ellos para asuntos militares. Tuvo grandes maestros, asesores y secretarios que merecerían por si solos una tertulia como Gonzalo Pérez y su hijo Antonio Pérez, el príncipe de Éboli, el duque de Alba, el duque de Sessa, Escobedo, el duque del Infantado...

Su reinado fue uno de los más largos de la historia. Salió muy poco de España y desde aquí dirigió el gobierno de sus numerosos Estados con representantes bien vigilados. Su reino era la primera potencia de Europa y tenía territorios en todos los continentes.

Se casó joven para tener el ansiado heredero, pero en ello no tuvo suerte. De su primer matrimonio con María de Portugal tuvo a D. Carlos, que le dio muchísimos problemas hasta su confusa muerte. Fue a Inglaterra a casarse en 1553 con María Tudor, prima de su padre, y durante su breve matrimonio también fue rey de Inglaterra e Irlanda. Fue su padre el que consideró interesante esta unión y para poderla llevar a cabo lo hizo rey de Nápoles para tener la misma categoría social que ella; al no tener hijos cuando ella falleció no volvió a Inglaterra de la que había salido hacia Bruselas porque su padre abdicó en él en 1555 ante los Estados de Flandes. Luego fue presentado a los príncipes alemanes, pero allí tuvo la oposición de su primo Maximiliano, primogénito de su tío Fernando. Tardó 3 años en volver a España.

El Imperio no fue una unidad porque no pudo imponer una organización central y los estados se negaron a unos impuestos globales ya que ninguno quiso cargar con las necesidades de los otros. La primera tarea que se propuso fue restaurar las finanzas sin lograrlo porque entró cuatro veces en bancarrota.

Su tercer matrimonio fue con Isabel de Valois, la que más amó, de la que tuvo dos hijas, queridísimas por él, pero que no podían heredarle. Así que a los 50 años se casó por cuarta vez con Ana de Austria y en 1578 nació su heredero Felipe III.

Felipe II tuvo un alma compleja, quizá porque se sentía incapaz de seguir la personalidad enérgica, el don de gentes y el poderío de su padre. Fue un monarca fanático de la burocracia, tímido y desconfiado que quería supervisar personalmente todos los temas de estado, desde los importantes a los más nimios por lo tanto se ahogaba en papeles, sabía todos adonde estaban y se pasaba el día entero trabajando. Era suspicaz, no compartía la información con nadie y era el único coordinador de todos los temas, ello creaba una gran lentitud en la resolución. Esta indecisión fue la causa de la mayoría de los desastres de su reinado. El secreto, las intrigas y sospechas inundaron toda su administración. No consintió que nadie escribiera una biografía suya estando en vida y a su muerte mando quemar toda su correspondencia.

Tenía gran austeridad en el vestir y vivir. Sentía entusiasmo por las artes y las ciencias y se preocupaba por el bien común de sus súbditos. Detestaba a los

hombres viciosos. Era tan puritano que no le gustaba que sus ministros fueran a las comedias y era severo con los devaneos amorosos, aunque él también los tuvo.

Para disimular su timidez y melancolía nunca demostraba sus emociones. Decían que su sonrisa cortaba más que una espada por eso nunca la llevaba en el cinto. Hablaba muy bajito y miraba fijamente a los ojos; ante él se quedaban sin habla hasta los curtidos guerreros. Santa teresa de Jesús, mujer decidida, se sintió turbada y casi sin habla en la única ocasión en que lo vio cara a cara.

Viajaba por toda la península cuando había necesidad, pero le gustaba Madrid y la hizo capital de España en 1561. Su residencia favorita fue El Escorial donde se retiraba con frecuencia en busca de paz y que pudo construir gracias a los préstamos de Lorenzo Spínola.

El problema de conciencia que más le torturó fue su hermano D. Juan de Austria, al que por una parte amaba y por otra temía porque se adivinaba por su ímpetu y popularidad como un posible rival de su autoridad regia estando falto de un heredero. Muchos autores piensan que le tenía celos.

4. SU INFANCIA Y FORMACION.

De los hijos bastardos de Carlos I, el más famoso sin duda fue D. Juan de Austria. Nació en Ratisbona (Alemania) hijo de Bárbara Blomberg, una guapa dama alemana que era cantante. Hay dudas sobre la fecha, unas fuentes creen que nació en 1545 y otras en 1547, ésta es la más probable porque hay reseñas en Francia apoyándose en ceremonias públicas, además Carlos estuvo en Ratisbona en 1546 acudiendo a la Dieta Imperial fecha en la que debió ser concebido. Al nacer se le llamó Jerónimo, tampoco se sabe si porque fue bautizado el día de San Jerónimo de Dalmacia o porque la madre se casó al poco con Jerónimo Pyramus para guardar las apariencias y llevándola a Bruselas para acallar las habladurías.

Aunque Carlos no lo reconoció como hijo suyo a su nacimiento sí que decidió que se criara en España. Su mayordomo Luis de Quijada que se ocupaba de

sus asuntos privados llegó a un acuerdo en Bruselas, en junio de 1550 con Francisco Massy, violinista de la corte imperial casado con la española Ana de Medina, por el cual a cambio de 50 ducados anuales se comprometía a criar al niño. A mediados de 1551 llegaron a Leganés donde ella poseía unas tierras. Allí estuvo feliz durante casi cuatro años jugando por las calles con los demás niños.

En 1554 un criado del Emperador se presentó en Leganés exigiendo que le entregaran al niño para trasladarlo a un lugar más acorde con su condición. Fue enviado al castillo de Villagarcía (Valladolid), hogar del mayordomo real Luis de Quijada con una carta para su esposa doña Magdalena de Ulloa en la que le rogaba que acogiera, cuidara y educara como a hijo propio “al hijo de un grande amigo suyo, cuyo nombre no podía descubrirse”. Ella pensó que era fruto de algún amorío de su marido que pasaba largos años de viaje con el emperador y se dedicó a educarlo como hijo propio, fue una verdadera madre cariñosa y lo convirtió en un caballero.

Entonces empezó su formación. Tenía profesores para enseñarle latín, francés, religión, historia y ciencias, además como cualquier noble de la época artes caballerescas de las armas de guerra o de caza. El niño se adaptó a las nuevas normas de vida demostrando tener inteligencia, memoria, facilidad para escuchar y retener. Lo aprendía todo sin esfuerzo incluso los pasos de danzas cortesanas que le enseñaban las doncellas del castillo, más romances, madrigales y el arte de tañer la vihuela. A doña Magdalena no le costó mucho esfuerzo que aprendiera a ser respetuoso, caritativo y cuidadoso de su persona.

Transcurrieron dos años y D. Luis de Quijada regresó de Flandes a Villagarcía, entonces Jeromín tuvo trato con un caballero y cortesano, aprendiendo ideas de valor y lealtad que no están en los libros.

Poco antes de abdicar, Carlos redactó un codicilo fechado en junio de 1544 en el reconocía: “por cuando estando yo en Alemania, después que embiude, huve un hijo natural de una muger soltera, el que se llama Gerónimo”

Carlos I llegó a Laredo, después de abdicar en Bruselas para ir al Monasterio de Yuste y como no podía pasar sin su mayordomo le pidió que se trasladara a

vivir a Cuacos, pueblecito muy cercano, con su familia y séquito. Le concedió a doña Magdalena la audiencia solicitada para ofrecerle sus respetos y Jeromín fue designado para acompañarla como paje de honor. Así se conocieron y fue la única vez que estuvieron juntos; después Jeromín iba a escondidas a verlo de lejos en la huerta del Monasterio.

Los rumores de la paternidad del niño se cernían sobre Luis de Quijada que pidió instrucciones a Carlos I, éste le pidió discreción hasta la llegada de Felipe que estaba fuera de España. Cuando se sintió morir le legó a Jeromín su escasa caballeriza, proclamándole así caballero. Los funerales duraron tres días a los que asistió enlutado como todos.

Terminadas sus obligaciones en Yuste la familia regresó a Villagarcía para continuar con la educación de Jeromín hasta que Felipe II decidiera lo que había que hacer.

Durante la ausencia de Felipe la regente era su hermana Juana, madre del rey de Portugal. Quiso conocerlo y para ello aprovechó que en Valladolid iba a celebrarse un Auto de Fe al que acudían miles de personas de toda Castilla. Invitó a doña Magdalena advirtiéndole que llevara al muchacho. La princesa gobernadora llegó a la plaza con un séquito esplendoroso, se paró ante doña Magdalena y ante el asombro de todos le dió a Jeromín varios besos en las mejillas.

Jeromín tiene 12 años cuando Felipe, en septiembre de 1559 regresa de Flandes. Una mañana D. Luis lo lleva de caza, se encuentran con otros dos cazadores, uno de ellos joven, rubio, de majestuoso aspecto, le hace muchas preguntas, entre ellas si sabe quién es su padre, al no poder responder le dice que el Emperador, mi padre también fue el vuestro, por eso yo quiero reconocerlos como hermano. Y siguiendo las indicaciones del codicilo lo reconoce como miembro de la Familia Real, le cambió el nombre por el de D. Juan de Austria y le otorgó casa propia, a cuyo frente puso a D. Luis de Quijada.

En Octubre es presentado a la Corte en Valladolid y conoce a su regía parentela. Entre ella hay dos jóvenes príncipes, algo mayores que él pero que

son sus sobrinos D. Carlos, Príncipe de Asturias y Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma, otra hija ilegítima del Emperador.

En 1562 aparece la “Casa de Don Juan de Austria” en el presupuesto de la Casa Real, asignándole 15.000 ducados, lo mismo que a la princesa Juana.

Siguió su formación en el Regio Alcázar junto a sus sobrinos con magníficos profesores elegidos por el Rey. Una formación completa con temas escolares, religiosos, juegos, deportes, música y danza. Don Carlos creaba situaciones violentas, por esto Felipe decidió mandar a los tres estudiantes a la universidad de Alcalá de Henares, pero la conducta de don Carlos no mejoró y hubo que devolverlo a Madrid quedándose don Juan y Alejandro Farnesio, lo que los unió para toda la vida.

Hubo sólo una preocupación para don Juan porque su hermano solicitó en Roma para él el capelo cardenalicio. Su vocación no era eclesiástica sino castrense y decidió no acatar el designio de su hermano. Doña Magdalena ya decía desde su infancia: “soldadico tenemos que no fraile”.

De vuelta a la Corte oyó que los turcos atacaban Malta y se preparaba una poderosa escuadra que partiría de Barcelona así que sin permiso marchó a Barcelona para enrolarse como soldado raso en las galeras reales. Su desaparición creó sorpresa y desconcierto a la vez que admiración del pueblo y la nobleza y hasta del Rey que le obligó a volver “por ser muy mozo para viaje tan largo y acción tan peligrosa”. La escapatoria no fue inútil porque muchos jóvenes le imitaron y fueron a luchar contra el turco y todos comprendieron que el bastardo del Emperador había nacido para la gloria militar. Se convirtió en el favorito del pueblo, de la Corte y de los intrigantes que cada cual quería captarlo para sus proyectos.

4.1 SU CARACTER.

En él se veía la herencia de sus padres. De su madre, que fue muy hermosa, heredó belleza, buena figura pues era alto y delgado, elegancia, alegría de gozar la vida y de su padre la fortaleza, gracia personal, desbordante de ánimo y una seducción irresistible para las multitudes que se rendían ante él, amante de la guerra y la acción porque era buen jinete, rápido espadachín, alanceador de toros, experto cazador. En la Corte se desenvolvía con una elegancia en el

vestir que todos querían imitar, era buen bailarín, y amigo devoto de sus amigos. Su simpatía era natural sin fingimiento, por todo ello se hacía de querer de cuantos le conocían, sobre todo de las mujeres cuya labia las rendía. Era un líder en las horas decisivas, de una lealtad inquebrantable hacia su Rey y católico sin tacha. Todo esto hacía más sombría la personalidad de Felipe con su terrible formalidad y acrecentaba el foso entre el amor y la envidia de su relación.

Durante su juventud fue altivo, con la altanería de un hombre halagado y mimado por la fortuna. No era un genio de la política ni de la táctica guerrera por eso su hermano siempre puso a su lado buenos consejeros para suplir su falta de formación o atemperar su ánimo y no se lanzase a la acción sin estudiar las consecuencias. Fue uno de los hombres más admirado de Europa y muchos soñaban con que el cetro pasaría a sus gloriosas manos ya que el taciturno Felipe no tenía heredero.

Tenía una tendencia a la depresión más suave que la de sus antepasados por la sangre plebeya de su madre, que le aparecía cuando bajaban los triunfos que necesitaba para vivir.

Lo que siempre le amargo fue la situación social inferior en que se veía con relación a su familia porque aunque Felipe lo reconoció como hermano jamás le dio el tratamiento de Alteza que él creía merecer y que le daba el Papa y hasta sus enemigos.

4.2 SU RELACION CON DON CARLOS, PRINCIPE DE ASTURIAS.

Don Carlos, hijo de Felipe y su primera esposa, fue un joven alocado, un poco deforme, tartamudeaba y de escasa inteligencia. Este heredero tenía atormentado a Felipe porque no le veía las cualidades necesarias para sucederle. Trató de darle buena educación, pero ello no fue posible, hubo que retirarlo de la escuela del Alcázar Real y de la universidad de Alcalá de Henares.

Cuando hubo que sustituir a Margarita de Parma en la regencia de Flandes esta recayó en el Duque de Alba; don Carlos se vio humillado por la falta de confianza del Rey porque la quería para él. Aumentó el odio que sentía por su padre y empezó a pensar planes disparatados para traicionarlo. Estos planes se los contó a don Juan porque necesitaba su ayuda para llevarlos a cabo.

Consistía en tener dinero y galeras para ir a Italia y de allí a Flandes para destituir al duque de Alba. Para que don Juan le ayudara le ofreció el título de Infante de España que sabía que deseaba, más el reino de Nápoles y otros Ducados. Don Juan le dijo que ya le daría respuesta y don Carlos se enfurece y amenaza ante esta duda.

Para don Juan la lealtad al Rey es lo primero, como le había inculcado Quijada, así que se encamina al Escorial a contárselo. Regresan ambos a Madrid y al día siguiente domingo después de la misa familiar don Carlos llama a don Juan a sus habitaciones, porque estaba impaciente por saber su respuesta; don Juan le expresó claramente sus ideas y lo que había hecho. Don Carlos dolido e indignado por quebrar su confianza, le increpa y agrede sacando la espada, don Juan se defiende y ante grandes voces acuden los gentilhombres a separarlos. El Rey mandó detenerlo por traición y fue recluido prisionero en el Alcázar donde murió siete meses más tarde, en julio de 1568, en circunstancias de dramática agonía.

4.3 SUS PRIMERAS RESPONSABILIDADES. Tenía 23 años.

Mientras don Carlos está en prisión el Rey nombra a don Juan Capitán General de la Mar, poniéndole como consejeros a don Álvaro de Bazán (almirante) y a don Luis de Requesens (vicealmirante). Para evitar suspicacias le hace incorporarse a la Flota en mayo de dicho año. Embarcaron en Cartagena para combatir a los corsarios. Fue su primer contacto con el mar, durante tres meses recorrieron toda la costa, aunque no se escribió ninguna página de gloria de las que él soñaba porque los corsarios al ver las naves hispanas huyeron y no combatieron. Llegaron a desembarcar en Orán y Melilla.

Salió como un joven Almirante inexperto pero aprendió los secretos del mando y de la estrategia militar. Además el ejercicio de la autoridad por el prestigio personal del jefe, aflorando sus virtudes castrenses.

A su regreso se enteró de la muerte de don Carlos, del delicado estado de salud de la reina Isabel de Valois y la sublevación de los moriscos en el reino de Granada. La reina murió el 3 de octubre de 1568 envolviendo de tristeza toda la Corte. El Rey se retiró en el Escorial y don Juan estuvo unos días en un monasterio de Valladolid conocido como "El Abrojo" para aliviar la angustia de su alma por la duda de si don Carlos lo habría perdonado antes de morir.

5. LA REBELION DE LAS ALPUJARRAS. Tenía 23 años

Cuando los Reyes Católicos conquistaron Granada le concedieron a sus habitantes musulmanes el libre ejercicio de su religión, legislación y costumbres. Boabdil obtuvo las Alpujarras como feudo propio y de sus herederos a perpetuidad. Pero antes de un año Boabdil fue enviado a África y el pueblo obligado a una conversión coactiva masiva, hubo resistencia en las montañas pero se convirtieron en moriscos. Esta conversión fue ficticia, sin instrucción ni convicción, siguieron siendo una comunidad apartada porque no renunciaron a sus costumbres. La seda era casi la única fuente de ingresos de las Alpujarras. La producción y manufactura de la seda y el comercio sedero con Italia fueron una gran fuente de ingresos para la corona.

En el norte de África el Islam amenazaba las embarcaciones y las zonas costeras, los corsarios cogían prisioneros para pedir rescate, a veces hasta aldeas enteras. Conforme estas campañas ganaron en intensidad los moriscos fueron tomando parte en ellas, generalmente como espías de los jeques de Marruecos, de los piratas de Tetuán y hasta del sultán de Constantinopla. Las sospechas aumentaban cuando un morisco torturado por la Inquisición aseguró que los moriscos estaban preparados para conquistar la costa de Granada. La minoría islámica fue tolerada si estaba aislada pero no si se aliaban con los enemigos de España. No había tropas regulares en Andalucía porque las habían enviado a Flandes. Era difícil vigilar toda la costa y durante el primer año hubo emboscadas y escaramuzas crueles.

El gobierno tuvo que entrar en acción con un edicto con prohibiciones como utilizar el árabe, sus apellidos árabes, sus ropas, sus costumbres, sus ceremonias y sus baños.

Ante el edicto los moriscos decidieron ir al levantamiento. La noche escogida fue la Nochebuena de 1568. Fracasó en el Albaicín pero se extendió rápidamente por las montañas de las Alpujarras, entre Sierra Nevada y la costa, casi 200 pueblos empezaron la revuelta.

Su cabecilla fue Hernando de Córdoba (en otros libros Fernando de Valor), de viejo linaje árabe, descendiente de los califas de Córdoba, recuperó su nombre árabe Aben Omeyya, al que proclamaron rey y ordenó el incendio y saqueo de iglesias cristianas así como la matanza de millares de cristianos.

La rebelión tomó cuerpo y en 1569 se extendió de la montaña a los llanos; les ayudaron desde el norte de África con voluntarios, municiones y abastecimientos financiados con el rescate de cristianos cautivos.

Hasta el claustro de "El Abrojo" llegó el eco de estos sucesos y don Juan, aconsejado por sus íntimos, partió a Madrid para pedirle a su hermano que se "sirviese de él en castigo de los infieles". El Rey lo nombró General en jefe de las fuerzas reales, bien porque confiaba en él o porque la guerra no marchaba bien por culpa de las rivalidades entre las tropas de los Vélez y los Mondéjar; el ejército real carecía de organización y disciplina. Al marqués de Mondéjar esto le sentó muy mal porque creía que representaba al Rey con más autoridad por ser soldado viejo. Puso a su lado consejeros de confianza con los que debía deliberar, entre ellos Requesens y Quijada. Don Juan llegó a Granada en abril de 1569 y las cosas cambiaron. Estudió la situación política y militar, y ante el temor de una intervención mora exterior decidió emprender una campaña organizada y con tropas regulares. Informó de ello al Rey que le dio su autorización. Preparó con gran sigilo y prudencia la operación siendo la admiración de todos.

Vaciaron las tierras bajas para aislar a los rebeldes y evitar abastecimientos, se construyeron trincheras, utilizaron minas y artillería pesada. Cuentan los historiadores la violencia y dureza de los combates, los asedios, los asaltos, las emboscadas en terrenos montañosos. En resumen fue una campaña durísima. Don Juan con el brío de su juventud lo mismo iba con la caballería que pie a tierra delante de un escuadrón de infantería.

Hubo muchas victorias y alguna que otra derrota. En una emboscada en Serón cayó herido Luis de Quijada causándole una gran pena su muerte.

Los moriscos estaban desmoralizados por las continuas derrotas y por las proclamas de don Juan que prometía el perdón y la benevolencia para quienes se rindieran. Aben Omeyya había sido asesinado, le sucedió su primo Aben Aboo. Este vio la situación tan desesperada que pidió ayuda a los reyes de

Argel y Túnez, pero fue inútil, su propia gente lo mató y entregaron su cadáver en Granada, donde fue arrastrado y quemado para escarmiento.

En mayo de 1570 don Juan de Austria negoció la paz, volviendo a Madrid en noviembre reclamado por el Rey.

En febrero de 1571, Felipe II firmó el decreto de expulsión de todos los moriscos del reino de Granada y esparcidos por toda España. Iban encadenados y esposados, el frío y el cansancio mató un 20%. Las cartas de don Juan describen estos exilios forzosos de familias enteras como la mayor "misericordia humana" que pueda retratarse.

En año y medio con energía y también con crueldad cuando fue necesario solucionó la rebelión de los moriscos.

Aunque en Andalucía seguía habiendo problemas, las costas estaban vacías por miedo a los corsarios y las tierras despobladas las repoblaron con gallegos, asturianos y castellanos que no siempre se adaptaron, y algunos decidieron regresar a su tierra de origen.

6. LA BATALLA DE LEPANTO. Tenía 24 años

En los primeros 20 años de reinado de Felipe II su principal preocupación fue el Islam, no el protestantismo, debía defender sus colonias y el comercio.

En el imperio otomano reinaba Solimán el Magnífico que sentía un profundo odio hacia la cristiandad; sus conquistas habían engrandecido su imperio hasta el punto de poder rivalizar con los Estados europeos, sus acciones de piratería llegaban hasta Gibraltar. Además estaban Argel y Trípoli, reinos pobres que tenían que vivir del mar, luchaban por su supervivencia y atacaban las rutas de abastecimiento de grano desde Sicilia. Su táctica eran ataques repentinos y asaltos a pueblos y ciudades, cogían todo el botín que podían, y cautivos para pedir rescate. Solo respetaban a los de alta condición para sacar más dinero, los demás trabajaban como esclavos.

Felipe heredó un poder naval nulo, tuvo que reforzar las fortalezas existentes y crear astilleros. Su primera experiencia fue mala le derrotaron en Djerba, aprendió la lección y en 4 años creó una armada de 100 galeras. Defendiendo Orán pudo derrotar a la escuadra de Barbarroja. España ya estaba preparada para pasar a la ofensiva en el Mediterráneo occidental, cuando el turco atacó

Malta, la armada española ayudada por la infantería de Nápoles y Sicilia los puso en fuga.

En 1566 moría Solimán, su sucesor Selim II era más débil y Felipe pasó a preocuparse más de los Países Bajos porque no tenía recursos para ambas contiendas. Pero la audacia de Selim fue creciendo y en 1570 atacó Nicosia, la capital de Chipre, que era posesión de Venecia. Esta tenía potencial naval pero no el suficiente para una guerra de gran volumen. Con premura se reunieron unas cuantas galeras de Venecia, del Papa y España, dándole el mando al almirante Juan Andrea Doria. La expedición no tuvo éxito y los navíos tuvieron que regresar a toda prisa porque la escuadra de Selim les daba alcance. Este fue un serio aviso.

Venecia necesitaba sus rutas comerciales, las sedas, algodón y especias los recogía en los puertos de Alejandría y Asia Menor; los cereales de Rusia y los Balcanes. España estaba remisa y no quería planear nuevos ataques, pero el Papa insistía y Felipe terminada la rebelión de los moriscos aceptó unirse a ellos y formar la Santa Liga contra los turcos.

Las negociaciones fueron largas y laboriosas para salvar la desconfianza de los socios. La Liga se firmó en mayo de 1571, fue una alianza militar por tres años contra el islam, primero en Oriente y luego en el norte de África. Cada año debían aportar 200 galeras, 100 navíos de transporte, 50.000 hombres y 4.000 de caballería ligera. Los gastos también se repartían: tres partes para España, dos para Venecia y una para el pontífice. España se comprometió a alimentar a este ejército y aprovisionar a Venecia que sus líneas de abastecimiento estaban cortadas.

Otro escollo fue decidir quién debía dirigir esta Armada. D. Juan aun era muy joven pero su victoria en Granada hizo que el papa Pio V lo propusiera, Felipe no puso impedimentos y volvió a rodearlo de personas solventes y de confianza como Requesens, Farnesio y Álvaro de Bazán.

La flota española se reunió en Barcelona, llegando a Nápoles el 8 de agosto para avituallarse. Pio V mandó a don Juan el estandarte de la Liga, quien lo recibió solemnemente en la iglesia de santa Chiara. A finales de agosto la flota llegó a Mesina donde se concentró toda la Armada y a don Juan se le hizo un recibimiento apoteósico y pasó revista a toda la flota que constaba de 300

navíos, 50.000 hombres entre soldados y marineros de los más diversos países y cataduras, además 4.000 caballos y 500 artilleros.

Una vez terminados todos los preparativos llegó la orden, todas las tripulaciones tenían que subir a bordo.

Don Juan convocó consejo de guerra en su nave capitana para decidir el curso de la acción. La responsabilidad era enorme porque una derrota significaba dejar absolutamente desprotegidas las costas mediterráneas de África, España e Italia. Él defendió la idea de una guerra agresiva: buscar la flota turca allá donde estuviera y destruirla, otros consejeros como Andrea Doria preferían ser más pacientes porque la estación estaba muy avanzada.

Don Juan consiguió imponerse y el 15 de septiembre salió la tropa de Mesina hacia el Mediterráneo oriental. Recabó en Corfú y allí se enteró que la flota turca estaba en Lepanto. Don Juan comprendió que había llegado el gran momento y tomó decisiones como retirar de las proas de todas las galeras los altos tinglados que dificultaban el abordaje y el campo de tiro de los arcabuceros. No menos revolucionaria fue la idea de implicar en la lucha a todos los cristianos quitándole los grilletes y cadenas a los galeotes bautizados y dándoles hachas de abordaje para que también pudieran luchar, "si luchaban por Dios, Dios les perdonaría sus pecados y él en nombre del Rey sus delitos". La Armada turca tenía más galeras y más hombres pero la cristiana tenía mejor artillería y la infantería mejor armada.

El amanecer del 7 de octubre de 1571 fue ventoso y las escuadras fueron situándose según las tácticas de la época. A mediodía cesó el viento, el general turco lanzó una pieza de artillería desafiando a la nuestra para la batalla y don Juan desde la galera Real respondió con otra aceptándola, entonces don Juan cubierto con casco y coraza dió la orden de comenzar el zafarrancho de combate.

La línea de combate se extendía en milla y media. La flota estaba dividida en tres flancos con la galera de don Juan en el centro. Comenzó la artillería con andanadas causando gran daño, muchos barcos incendiándose, otros hundidos, luchas cuerpo a cuerpo hiriendo y matando. Fue una batalla muy cruel que duró desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde y tuvo proporciones gigantescas.

La galera de don Juan se encaró directamente hacia la del Almirante turco Alí Pacha, la tomó al asalto y con garfios convirtiendo las dos cubiertas en un solo campo de batalla, los dos Almirantes espada en mano luchando con sus hombres; un tiro de arcabuz derribo a Alí Pacha y un soldado anónimo se lanzó contra él degollándolo. Los turcos aterrados se tiraban por las bordas, para llegar a nado a la costa cercana, esto fue decisivo para la victoria. Don Juan resultó herido en un tobillo. El Rey de Argel Luchali peleó contra la galera de Andrea Doria y viendo que perdía se dió a la fuga con cinco galeras.

Nunca ha logrado saberse con exactitud el número de muertos que hubo pero debió de ser enorme ya que los cristianos con sólo 15 galeras hundidas sufrieron 8.000 bajas. De las 230 galeras turcas sólo escaparon 35 aprovechando la noche y la tormenta que estalló, el resto fueron hundidas o hechas prisioneras con unos 30.000 muertos y 3.000 prisioneros.

A la mañana siguiente la nave más ligera navegó hacia Italia para comunicar la victoria, noticia que pronto recorrió toda Europa.

Al día siguiente don Juan recorrió todas las naves para felicitar a sus bravos tripulantes y consolar a los heridos. Al llegar a la galera "Marquesa" de Andrea Doria se detuvo ante el camastro de un hombre extenuado con un arcabuzazo en el pecho y otro en la mano izquierda llamado Miguel de Cervantes.

Otra anécdota es que en la batalla participó una mujer llamada María la Bailaora, ella se condujo tan bien y mató tantos turcos que don Juan le concedió una plaza en el Tercio de don Lope de Figueroa.

Después llegó el reparto de las galeras conquistadas y de los prisioneros, creando una ganancia a los aliados. Don Juan liberó a los cristianos que remaban en las galeras turcas, se calcula unos 15.000, y como había prometido a los galeotes españoles que actuaron lealmente en el combate.

Don Juan demostró don de mando, combinando el valor y la prudencia. Lepanto fue una hazaña de técnica naval por la dirección de don Juan, Requesens y Andrea Doria, por los potentes cañones venecianos y por la excelente infantería.

6.1 DESPUES DE LEPANTO.

El mito del poder turco quedó roto y la cristiandad perdió su sentimiento de inferioridad. Fue el fin de un periodo, los turcos no eran invencibles. Este golpe

a su seguridad hizo que vinieran menos hacia occidente, habían perdido su armada. Aunque seguía manteniendo su ejército de tierra y le preocupaba más su frontera con Persia.

Para los cristianos, la política recortó el éxito obtenido, sobre todo cuando los vencedores son de diferentes mentalidades y necesidades. Venecia no tenía más ganas de pelea, sólo quería sacar provecho mercantil de la derrota. Roma no era una potencia militar, sino espiritual y a Felipe II le preocupaba más los Países Bajos. Así que la Liga se disolvió, los venecianos se fueron a su patria, las naves pontificias con Colonna al mando se fueron a Civitavecchia, don Álvaro de Bazán a Nápoles y don Juan a Mesina.

Por esta política no se remató el éxito obtenido y en el norte de África siguió habiendo corsarios que le pagaban tributos al turco, aunque con menor entusiasmo.

Otras causas fue la muerte del papa Pio V y la política interesada de la república de Venecia. 1 año después de Lepanto el Dux de Venecia y Selim II firmaron un pacto como dos empresarios materialistas por el que Venecia se comprometía a pagar 300.000 ducados anuales al turco para poder comerciar y como indemnización de guerra. Esto fue tan vergonzoso para don Juan que ordenó quitar de la galera real el estandarte de la Liga e izar el suyo propio.

7. ITALIA. Tenía 25 y 26 años.

Don Juan estuvo dos años retenido en Nápoles con un mando puramente nominal. Tenía la vida más placentera del mundo pero con inquietudes interiores. Él era un príncipe resplandeciente de gloria y Nápoles era vivero de placeres: “la gentileza de la tierra y de las damas agradaba a su gallarda edad”. Tuvo muchas aventuras galantes que acabaron por fatigarle el alma porque también veía que su ejército perdía espíritu y destreza por la inactividad.

Se le resintió la salud y tuvo que ir a un balneario a tomar las aguas que eran reputadas para refrescar el hígado que tenía enfermo. Le escribió a un amigo diciéndole “Me es preciso refrescar este hígado que de puro encendido me sale al cuerpo y manos a cualquier ejercicio que haga”.

Su mayor inquietud era la ambición de tener un reino propio, así como el tratamiento de Alteza que sistemáticamente le era negado.

En 1572, auspiciada por el papa, una delegación albanesa le ofreció a don Juan el trono de Albania. Lo consultó con Felipe quien le indicó que declinase la oferta, pero con diplomacia que no dejase las relaciones con los albaneses.

En aquellos días fuera de Nápoles ocurrieron hechos decisivos: el duque de Alba había fracasado en Flandes dejando su gobierno, y en España la princesa de Éboli y Antonio Pérez comenzaron con sus grandes ambiciones.

8. TUNEZ. Tenía 27 y 28 años.

Al romperse la Liga la armada española podía seguir sus propios objetivos y don Juan no quería desperdiciar ninguna ocasión.

En 1573 a los dos años de Lepanto el poder musulmán vuelve a dar señales de vida en el Mediterráneo y alarma al papa Gregorio XIII que le pide a don Juan que organice una expedición contra Túnez. Él aceptaría jubiloso pero antes debe consultar con su hermano, envía a Madrid a su secretario Juan de Soto con cartas y encargos verbales mientras él empezó a recoger la Escuadra que estaba dispersa en distintos puertos de Nápoles y Sicilia y rehacer la moral y disciplina de sus hombres que habían estado dos años en la molición y el vicio.

Nuevamente pensó en tener la oportunidad de tener un reino propio, aunque era una idea un poco disparatada, heredada de Isabel la Católica, de establecer una monarquía católica en el norte de África. Sus ambiciones no eran desconocidas, pues el propio papa Gregorio XI se dirigió al rey Felipe a principios de 1574, pidiendo que a don Juan se le invistiera del título de Rey de Túnez. La respuesta fue negativa y su hermano le ordenó conquistar La Goleta, que era una plaza inexpugnable, expulsando a los turcos y colocando en el trono Uluh Alí, heredero del rey Muley-Hacem, desposeído por los otomanos, obligándole a rendir vasallaje al monarca español. Era una expedición punitiva no de conquista.

La toma del fuerte y la ciudad de Túnez se hizo fácilmente porque no ofrecieron la menor resistencia, los turcos habían huido. Él piensa como soldado y si no hay victoria por lo menos que haya botín y consintió el saqueo de la ciudad. Algún cristiano murió a estocadas por disputarse alguna pertenencia. Don Juan desobedeciendo las órdenes reforzó la fortaleza, guarneciéndola con la esperanza de llegar a ser su soberano y porque le parecía una victoria estéril reinstalar en el trono a un infiel que antes o después iría contra los cristianos.

Dejó allí un gobernador nativo con una guarnición de 2.000 hombres y regresó a Nápoles.

Don Juan hubiera querido ampliar la conquista pero Felipe era lento así que al año siguiente, 1574 la flota turca atacó Túnez y la guarnición de La Goleta tuvo que capitular, muriendo casi la totalidad de los hombres.

Muchos achacaron a don Juan esta derrota, pero no tuvo mucha culpa, se juntó las dilaciones de Felipe y la mala voluntad del virrey de Nápoles, Granvela y de la interesada torpeza del virrey de Sicilia, el duque de Terranova. Don Juan les suscitaba muchas envidias.

Seguía esperando instrucciones, estaba desilusionado y tuvo que ir a Madrid para consultar que hacer. Fue recibido mejor de lo que esperaba participando en los actos más solemnes de la Corte y regresó a Italia con más mando, con el cargo de Lugarteniente General del Rey con jerarquía superior a la de los virreyes y con el espíritu un poco más sosegado porque esta derrota que fue la pérdida de Túnez le causó gran impresión, en su cabeza no cabía la derrota.

Este fue un frenazo para la política ambiciosa de don Juan que se obsesionaba con estos proyectos de lucha, era un hombre de acción, pero Felipe era un estadista que veía todos los problemas de Europa y aceptaba sus limitaciones que eran llevar a cabo sólo una empresa y no quería proyectos descabellados. Así que hubo treguas y se firmó la paz.

9. OTROS PROYECTOS. TENÍA 29 AÑOS.

Perdida Túnez su ambición, en 1575, se encaminó hacia Inglaterra, pensó casarse con María Estuardo y conseguir un reino propio. Este plan tenía la aprobación del papa y de los católicos ingleses. Incluso sondeó la posibilidad de un matrimonio con la reina Isabel de Inglaterra, de lo cual informó al rey Felipe que manifestó su desaprobación.

Ninguno de estos proyectos prosperó y el Rey le ordenó quedarse en Italia como su Lugarteniente General donde desarrolló durante todo un año una política de pacificación entre las ciudades enfrentadas, recorriendo toda la península.

Al final del año le sustituyeron a su secretario por Juan de Escobedo, persona vinculada a Antonio Pérez que así pretendía conocer los actos y pensamientos

de don Juan. Bien por el encanto del héroe o bien por el interés de Escobedo rápidamente se puso de su parte.

En septiembre de 1575 don Juan lo envió a visitar al papa Gregorio XIII para preparar sus pretensiones sobre Inglaterra y cumplió tan bien su misión que don Juan lo hizo el hombre de su confianza. Don Juan era algo iluso y vanidoso pero Escobedo era duro, concentrado y ambicioso y pensó que don Juan sería el medio para lograr sus ambiciones. Ya hablaba de que si salía adelante el asunto de Inglaterra él sería milord.

De lo que no hay duda es de que quería ennobecerse ya que en aquel tiempo ennobecerse era sinónimo de enriquecerse.

Cuando fue enviado a Flandes su idea de Inglaterra fue diferente pensó en una invasión para conseguir el reino. Le llegaron cartas desde Inglaterra con propuesta de matrimonio con Isabel I, posiblemente enviadas por su enemigo Guillermo de Orange; él había oído muchas cosas de su mal carácter y rechazó la idea que por otro lado sólo le gustaba al papa para restaurar el catolicismo en las islas.

10. FLANDES. TENÍA 30 y 31 AÑOS

INTRODUCCION. Los Países Bajos se vieron gobernados por un rey extranjero, ésto era una pérdida de categoría para ellos porque no se sentían parte del Imperio sino un dominio de España. Felipe intentó gobernarlos con los métodos absolutistas de Castilla y luchó para retenerlos a toda costa. Era su herencia y además tenía un gran valor económico. Amberes era el mayor centro comercial y de servicios esenciales de Europa, almacén entre el norte y el sur. Plaza esencial para el mercado de la lana, manufacturas, bienes agrícolas e industriales del resto de Europa. Tenía fuertes reservas de capital que la convertía en el centro de finanzas internacionales. Allí iban a buscar crédito tanto comerciantes como gobiernos. Grandes flotas iban y venían, España era su principal cliente comercial y también una gran fuente de ingresos por los impuestos que les cobraba, imprescindibles para pagar la pesada deuda que ocasionaban las guerras que llevaban a sus finanzas a la quiebra.

Flandes fue siempre una gran preocupación para Felipe II, era una guerra de dominio, religiosa y económica. El papa Pio V le urgía para que fuera

personalmente a pacificarlos porque allí morían muchos católicos. Respondía con evasivas porque se dió cuenta de que sólo tendría resultado la fuerza, entonces fue cuando mandó al duque de Alba y los Tercios españoles. Felipe no admitió interferencias de otros reyes como el danés que le aconsejaba que concediera la libertad religiosa a los rebeldes, le contestó diciendo que los demás reyes obligaban a sus súbditos a tener la misma religión que su rey y porqué él no podía hacer lo mismo, se negó a tolerar el Protestantismo.

DUQUE DE ALBA. Era un soldado y comenzó una represión inmisericorde, que Felipe conocía y toleraba, eliminando a los dirigentes locales. Creó un gran descontento que reanimó la resistencia; cualquier responsable político vivía temeroso por su vida y sus bienes. Como no podía esperar subsidios procedentes de España debía autofinanciarse para lo cual propuso nuevos impuestos que todos debían pagar. De momento no hubo rebelión porque el ejército de Alba era todopoderoso, pero por falta de dinero la disciplina se fue deteriorando y a pesar de sus esfuerzos no pudo aplastar la rebelión del norte. Fue destituido.

LUIS DE REQUESENS. Al no dar resultado la fuerza, Felipe mandó, en 1573, a un moderado que le aconsejó una amnistía general, abolió el Tribunal de Tumultos, símbolo de la represión española y derogó el impuesto sobre las ventas. Sin ingresos las tropas llegaron a amotinarse porque no recibían sus soldadas, él perdió la confianza en sus tropas y los súbditos en él. La tropa estaba formada por valones, italianos, alemanes y españoles; todos cometieron pillaje.

Muchos estados provinciales llegaron a reclutar una milicia propia para asegurarse el orden que España no les daba.

Este cambio de estrategia fue interpretado como un síntoma de flaqueza, y a finales de otoño Requesens tuvo que recurrir nuevamente a las armas para imponer su autoridad.

Cuando las operaciones militares empezaron a dar frutos Requesens murió de forma inesperada, en 1576, dejando por acabar, por primera vez en su vida, un encargo del rey. La rapidez con la que murió no le permitió nombrar un sucesor.

CONDE DE MANSFELD. Fue este conde el que se hizo cargo temporalmente de este caos hasta que llegara un sustituto desde España. Fueron dos años fatales, un motín general de las tropas españolas asoló el sur y la desobediencia completa se extendió por el norte.

DON JUAN DE AUSTRIA. Felipe consideró que su hermano era el hombre apropiado para encauzar la difícil situación de Flandes. Le escribió diciéndole que dedicara su fuerza y su vida por el honor de Dios y de su religión que estaban en peligro. No supo acertar, necesitaba una posición de fuerza, un estadista con un ejército fuerte y mandó a un soldado sin ejército. Don Juan se resistía a ir porque Flandes era el cementerio de muchas carreras profesionales por la complejidad de la situación pero tampoco se podía negar a una orden, que recibió el 3 de mayo de 1576.

Debía ir sin demora y sin escolta, con solo 12 hombres de su confianza y en absoluto secreto. Pero él no fue directamente a Flandes como se le pidió, primero fue a Madrid a recibir instrucciones. Estas fueron precisas, debía ser conciliador para llevar la paz, restableciendo la autoridad real y la religión católica, aunque para ello tuviera que retirar las tropas españolas y deshispanizar la administración. El Rey cedió en todas las cuestiones que le planteó su hermano, recordándole que la Hacienda Real estaba muy debilitada, y como no dejaba cabos sueltos y conociendo su fama de conquistador de mujeres le instruyó para que evitara tomar amantes de las principales familias del país.

Don Juan volvió a soñar que en su nuevo destino podría invadir Inglaterra, casarse con María Estuardo y tener un reino propio, o casarse con Isabel y hacer que Inglaterra volviera al catolicismo. No se sabe lo que hubo de cierto por las muchas intrigas de Antonio Pérez o de Guillermo de Orange.

Felipe consentía estas ilusiones románticas para que fuera a Flandes porque su fama y prestigio podía intimidar a los herejes. También desconfiaba de él por si quería quitarle la corona porque aun no tenía heredero varón.

Antes de partir, ya era agosto, fue unos días a Villagarcía para ver a D^a Magdalena de Ulloa. Fue ella la que lo disfrazó para cruzar Francia sin peligro que era el camino más corto, fue de criado morisco de un noble italiano, Octavio de Gonzaga para que nadie sospechara su identidad. Así llegó a

Luxemburgo, única provincia leal, ya era noviembre. Al apearse del caballo lo estaban esperando los oficiales reales.

Allí se encontró con su madre, Bárbara Blomberg, lo que le causó un gran desconsuelo pues la encontró frívola y sin ternura. Felipe aceptó que fuera a vivir a España, ella siempre se había negado, salió engañada creyendo que iba a Parma invitada por la duquesa Margarita, pero se le asignó casa y pensión hasta su fallecimiento en Colindres.

Sólo un día después de su llegada se produjo el saqueo de Amberes por las descontroladas tropas españolas. Entraron a saco porque hacía meses que no recibían sus pagas, mataron a unas 7.000 personas y el saqueo fue grande, aunque cuando conocieron la llegada de don Juan, al que todos veneraban, depusieron las armas, pero este hecho puso en contra de la corona a todas las restantes provincias. Se encontró con una situación muy mala, debía recuperar la fidelidad de los nobles moderados, ser reconocido como gobernador y que los rebeldes respetaran la fe católica.

Para seguir las instrucciones moderadores del Rey tuvo en febrero de 1577 que firmar el Edicto Perpetuo por el cual aceptó licenciar sus tropas, y en abril los Tercios viejos marcharon a España y Lombardía, los atrasos que se le debía a los soldados los pagó con el dinero que el papa le había entregado después de la batalla de Lepanto y pidiendo varios préstamos personales; la evacuación fue por tierra y no por mar como él quería porque los ingleses recelaban de una invasión. También debía respetar las libertades, usos y costumbres flamencas. Para mayo parecía que la situación se había pacificado y pudo entrar triunfantemente en Bruselas.

Pero el clima de Flandes en invierno, después de años al sol de Nápoles, le entristecía y deprimía, recibía avisos de protegerse porque sus enemigos querían asesinarle y al no tener a los Tercios se quedó sin más guardia personal que los flamencos del Duque de Arschot, resumiendo estaba a merced de los revoltosos. Se aseguró la tolerancia religiosa, se incrementó la autonomía política y se reconoció a Guillermo de Orange, el cabecilla de la rebelión, como gobernador de Holanda y Zelanda y a pesar de todo, las provincias norteñas seguían con actitud rebelde.

Estando en este espacio de paz quiso volver a Madrid para tratar de nuevo la idea de invasión de Inglaterra y de recalcarle al Rey cual era la situación real

de Flandes. Como se le prohibió hacerlo envió a su secretario Escobedo, en junio, con cartas muy claras y duras de la situación en Flandes advirtiéndole al rey de que iba a perder sus reinos por falta de dineros y resolución, que tardaba mucho en sus decisiones y que hacía más caso de los que le mienten y engañan.

Escobedo desembarcó en Laredo y después de pasar pocos días en su casa marchó a Madrid. Las conversaciones duraron todo el otoño e invierno, las intrigas y dobleces de Antonio Pérez apoyado por el Rey terminaron con el asesinato de Escobedo en marzo de 1578.

Guillermo de Orange, lejos de respetar lo firmado tramaba apresarle o incluso asesinarle para descabezar la autoridad española en los Países Bajos, sin parar de lanzar injurias sobre su persona algunas justificadas porque interceptaban los correos donde don Juan hablaba mal de los nobles flamencos, "Ellos (la nobleza local) me tienen y consideran una persona colérica y yo los aborrezco y los tengo por bravísimos bribones". Él se quejaba por la bellaquería de algunos hombres malos que toman y abren cartas ajenas. Las circunstancias empeoraban rápidamente así que en julio don Juan abandonó Bruselas con muy pocos hombres y atacó por sorpresa la fortaleza de Namur, ganándola y desde donde volvió a pedir ayuda a Felipe II porque no tenían artillería ni municiones.

En agosto ocurrieron dos cosas buenas para don Juan. Una fue que llegó a Sevilla la flota de Indias y el Rey tenía dinero para pagar las tropas y la otra fue que había firmado una tregua secreta con el turco y ya no tenía que preocuparse del Mediterráneo.

En septiembre Orange planteó un ultimátum por el que tenía que entregar todas las ciudades y marchar a Luxemburgo. Don Juan esperó la llegada de los Tercios que Felipe había hecho regresar desde Italia, cerca de 20.000 hombres, al mando iba Alejandro Farnesio.

La llegada de los Tercios le permitió a don Juan emprender una ofensiva militar y en enero de 1578 derrotó a los Estados Generales en la batalla de Gembloux, en una tierra pantanosa y resbaladiza; las tropas querían represalias pero don Juan no lo consintió amenazando con la horca a quien se desmandase. Esta victoria fue insuficiente, había que aprovechar la ocasión para rematar la suerte

de España en Flandes pero don Juan estaba otra vez angustiosamente falto de dinero. Madrid hacia oídos sordos y sólo el Duque de Alba le comprendía porque conocía a fondo esa guerra. Los celos de Felipe seguían aumentando porque don Juan tomaba muchas decisiones por su cuenta, y es que no podía esperar.

Su única esperanza era que Escobedo regresara con dinero suficiente para seguir la guerra. A mediados de abril, descansando con sus tropas después de tanta lucha, le llegó la noticia del asesinato de Escobedo cosido a estocadas a la puerta de su casa, asesinato alevoso y envuelto en misterio, de la que decía que no se podía consolar ni se consolaría nunca. Entonces comprendió que no debía esperar más refuerzos de España. No pudo seguir atacando y en agosto los rebeldes le derrotaron en Rijnements. Don Juan sólo pudo con su ejército mal pagado y diezmado por las enfermedades mantenerse a la defensiva en los alrededores de Namur.

11. SU MUERTE. Tenía 31 años

Desde su llegada a Flandes don Juan padecía fiebre, disentería e insomnio que iban minando su fuerte naturaleza; los remedios de la época, sangrías y purgas, no conseguían aliviarlo. A esto se añadió una fuerte melancolía, como padecían muchos miembros de su familia que se agravó al conocer el asesinato de Escobedo que él tenía sobre su conciencia al haberlo enviado a Madrid a por recursos económicos.

En sus escritos de esa época revelan su estado de depresión. En una carta a su antiguo secretario Juan de Soto de dice: “Acábome de levantar de la cama para escribir ésta; pero volveréme luego a ella, porque me he puesto a un oficio harto pesado para un poco sufrido como yo, que es sudar y no bubar, sino cien mil trabajos pasados”. Y en otra le dice: “Querría maravillarme, más ya de nada me maravillo; tanto y tanto es lo que han visto mis pocos años en tan terrible mundo”. No encontraba justificación para el abandono en que lo tenía su hermano y se desesperaba, el 16 de septiembre escribía: “Si el gobierno de Su Majestad se descuida como hasta aquí, lo ha de perder todo sin remedio”, era consciente de que todo estaba en su peor momento y Flandes era un avispero de preocupaciones.

En estos momentos de hundimiento seguía tomando decisiones con ímpetu, se ocupaba de preparar a los Tercios para futuras operaciones y continuar las negociaciones para atraerse a los rebeldes, pero le podía, lo mismo que a su padre, la decisión de huir y clamaba por encerrarse en una ermita. Esto no era posible, incluso desoía a los médicos y jerarquías del Ejército para abandonar los trabajos y atender sólo a su salud maltrecha así que abrasado por la calentura como se ahogaba en la fortaleza, instaló el cuartel general en el campo, en el palomar de una granja a las afueras de Namur desde donde oía a los soldados y vigilaba que los alféreces cumplieran sus órdenes.

A finales de septiembre su salud empeoró. Viéndose morir pidió le fueran administrados los Sacramentos, lo que hizo su confesor delante de su Estado Mayor y sus consejeros civiles y dijo en voz alta “No dejo testamento porque nada poseo en el mundo que no sea de mi hermano y señor”. Escribió a su hermano pidiéndole que respetase el nombramiento que había hecho de que le sucediese en el cargo Alejandro Farnesio y que le permitiera ser enterrado cerca del Emperador, su padre, “con lo cual estarán bien pagados los servicios que haya podido prestar a la Corona”. Don Juan sabía que pedía mucho porque al no ser Infante no sabía adónde le correspondía ser enterrado, por eso añadió: “si a esto no hubiese lugar, hágaseme enterrar en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, en el que tantas veces quise haber profesado”. Durante diez días se prolongó su agonía falleciendo el 1 de octubre de 1578. Le sucedió como gobernador su sobrino, amigo, compañero de estudios y de armas Alejandro Farnesio.

¿De qué murió? Se contagió de tifus, de ahí las fiebres. Otros insinúan que por los efectos de algún tóxico mortal, no hay fundamento pero los físicos echaron mano desde el momento de su recaída de poderosos contravenenos. Y otros aseguran que murió desangrado por una mala operación de hemorroides.

El rey Felipe al leer sus últimas voluntades debió de sentir una pena sincera y también un sincero alivio. La naturaleza humana es lo bastante compleja como para admitir los dos sentimientos. Nunca pudo evitar tener celos de él y el recelo de que quisiera quitarle algún reino, a pesar de su absoluta lealtad, no olvidemos de que a la muerte de don Juan el heredero sólo tenía seis meses. Y como queriendo redimirse de este trato injusto, Felipe mandó traer su cuerpo a España como era el deseo del finado y levantó una espectacular escultura

yacente de singular belleza para cubrir su tumba en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Don Juan está ataviado con armadura y con los guanteletes quitados por no haber muerto en combate.

12. VIDA SENTIMENTAL.

Los contemporáneos retratan a don Juan como un joven de trato y físico atractivo, atribuyéndole numerosos aventuras amorosas. No llegó a casarse porque siempre tuvo la esperanza de encontrar alguna princesa o reina que le diera un reino al que siempre aspiró y creyó merecer.

En Nápoles su fama era de que utilizaba a las mujeres y luego ni las saludaba porque su relación era muy efímera. Aunque también tuvo alguna relación más duradera.

Tuvo amistad con la princesa de Éboli y ello le permitió conocer a su pariente Ana de Mendoza de quien tuvo una hija en 1567: Ana. Don Juan la entregó a la crianza de doña Magdalena de Ulloa,

32

posteriormente la niña entraría en el convento del Madrigal y pocos años después tuvo participación en una terrible historia llamada "la intriga del pastelero del Madrigal".

Estando en Nápoles, en los años posteriores a Lepanto, tuvo relación con Diana de Falangola, perteneciente a la buena sociedad, de la que tuvo una hija llamada Juana. Don Juan la confió a su hermana Margarita de Parma y después fue al convento de Santa Clara de Nápoles.

Posteriormente se relacionó con Zenobia Saratosia, de la que tuvo un hijo, que murió al poco de nacer. Y con Ana de Toledo, esposa del alcalde napolitano.

Su fama no fue infundada.

13. VALORACION DE SUS MÉRITOS.

Fue mimado por la fortuna, víctima de intrigas, amado por las mujeres, cantado por los poetas, adulado por los poderosos y envidiado por muchísimos.

Fue la figura más atractiva de la corte de Felipe II. Apreciado por sus contemporáneos gozó de una amplia reputación en toda Europa después de Lepanto como hombre de acción y decisión, igual que su padre.

Como militar destaca su intervención en la Alpujarras y Lepanto. Su actividad política es menos relevante pero fue efectiva en la Lombardía y el resto de Italia. Sus relaciones también fueron buenas con el papado.

Menos éxito tuvo en los Países Bajos donde la situación era muy compleja y donde se sintió abandonado por falta de medios. Quizá pudo evitar el saqueo de Amberes pero no tuvo la menor posibilidad de ganar la guerra.

La relación con su hermano fue muy compleja. Siempre le negó el tratamiento de Alteza pero lo consideraba como miembro de la familia real con el trato de Excelentísimo Señor y colocándolo delante de los grandes de España en las ceremonias públicas. Por protocolo como no era infante de España no podía dormir en el Palacio Real y cuando iba a Madrid tenía que buscar adonde alojarse. Los celos que le tenía Felipe eran evidentes por su falta de don de gentes, él asustaba a la gente y su hermano los atraía.

Sobre todo fue siempre leal a su Rey y también siempre fue servidor abnegado de su patria. Alcanzo un privilegio que muy pocos hombres logran que es el respeto de sus enemigos.

Murió sin tener nada porque su única ambición que era conseguir un reino no pudo hacerla realidad.

14. DON JUAN DE AUSTRIA EN EL ARTE.

LITERATURA: Hay cantidad de libros sobre su persona porque llevó una vida muy novelesca y es apropiada para novelas de aventuras y además vivió en una época de gran actividad en el imperio español. Felipe II sin proponérselo hizo de su hermano un héroe.

Sólo voy a citar unos pocos: Crónica del príncipe Don Juan de Austria. Editado en Barcelona en 1572.

Historia de Don Juan de Austria de Lorenzo Vander Hammen. Editado en Madrid en 1627.

Don Juan de Austria de Mariano José de Larra.

Juan de Austria: Un héroe al servicio de Felipe II de Manuel Montero de 1985.

Juan de Austria de Ángel Martínez Pons de 2003

Cuando mataron a Escobedo donde estaba implicado Antonio Pérez y el mismo Rey las habladurías debían llenar todo el país porque Lope de Vega se atrevió a escribir "La estrella de Sevilla" cuyo argumento es el mismo.

ESCULTURAS: En 1572 se le erigió una estatua en la plaza de Lepanto en Mesina con espada y arcabuz.

En 1978 se colocó una copia en Ratisbona.

En su tumba en el pabellón de los Infantes de El Escorial tiene una escultura yacente de gran belleza de Galeotti.

PINTURA: A los 14 años Sánchez Coello le hizo un retrato que se encuentra en el museo Soumaya de Ciudad de México.

Un cuadro de gran formato de la presentación del entonces Jeromín al emperador Carlos I en Yuste pintado por E. Rosales.

En Málaga esta un cuadro de la última visita de Don Juan de Austria a Felipe II.

En el Museo del Prado hay un cuadro ambientado después de Lepanto con retratos de cuerpo entero de los tres vencedores: D. Juan de Austria, Antonio Colonna y Sebastiano Venier.

Hay otro retrato de después de la conquista de Túnez porque tiene su famoso león a sus pies. (Con este león se paseaba por Italia como quien lleva un perro.)

FIN